

La fascinante aventura de ser cristiano...

JOSÉ ANTONIO PÉREZ

Celebramos este domingo el bautismo del Señor y todos somos conscientes del mandato que Él nos dejó de hacer discípulos suyos bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Cf Mt 28,19).

Siempre que pensamos en el bautismo, nos viene a la mente el bautismo de párvulos, que es la práctica más común en la iglesia y en nuestras parroquias, desde hace muchos años; pero no debemos olvidar que cada vez crece el número de personas adultas que lo solicitan. Ante esta realidad, a veces, no sabemos cómo responder, no tenemos en las parroquias recursos y estructuras para acoger y acompañar a estas personas, ni somos conocedores de qué proceso deben seguir y, así, solemos tirar por el camino más corto y fácil, que es prepararlo rápidamente para que reciban el sacramento.

De esta manera, les estamos privando de la oportunidad que la iglesia les ofrece con el proceso del CATECUMENADO de adultos. Un proceso de acompañamiento y descubrimiento de la fe que ayuda a convertir el corazón y a conocer y seguir a Jesús dentro de su iglesia.

El catecumenado es, realmente, la respuesta de la Iglesia a quien pide ser incorporado a la vida cristiana, adultos no bautizados, que solicitan celebrar los sacramentos de Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), para acceder a ellos con

un corazón convertido, después de un proceso en compañía de otros cristianos.

La palabra clave es PROCESO: El catecumenado implica un proceso que no suele durar más de dos años, que debe ser acompañado de cerca por el párroco y, sobre todo, por un padrino y un catequista elegido por la comunidad. El obispo, como máximo responsable, preside y acompaña los ritos principales y la recepción final de los sacramentos.

Es un proceso con varias ETAPAS: Un periodo de acogida, tiempo

de anuncio misionero, de encuentro y diálogo (**precatecumenado**). Un periodo más largo de catequesis y de iniciación a la vida cristiana (**catecumenado**). Una etapa final en la cuaresma anterior a la recepción de los sacramentos (**tiempo de purificación e iluminación**). La recepción propia de los sacramentos en la **Vigilia Pascual** y la **mistagogia**, tiempo de profundización y de incorporación plena a la comunidad.

El secretariado diocesano de catequesis se encarga de coordinar este proceso. Ya se han realizado varias experiencias en años anteriores y, en este mismo mes, estamos comenzando una nueva, abierta a todo aquel que quiera vivir la fascinante aventura de ser cristiano. ¡Merece la pena!



El catecumenado es, realmente, la respuesta de la Iglesia a quien pide ser incorporado a la vida cristiana, adultos no bautizados, que solicitan celebrar los sacramentos de Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), para acceder a ellos con un corazón convertido, después de un proceso en compañía de otros cristianos.

Breves

CICLO Bienaventuranzas

“ El próximo miércoles, 16 de enero, a las 18 h. en el Salón de Actos del Obispado (c/ Salamanca, 10), Adolfo Chércoles SJ nos presentará la tercera bienaventuranza: “Bienaventurados los que lloran”. En la vida hay dolor y nuestra tentación es huir, darle la espalda. Pero lo único que nos hace personas es afrontarlo. Sólo, así, posibilitamos la experiencia pascual, el dolor como lugar de maduración y crecimiento humano.

FIESTA San Antón

“ La Residencia de Mayores San Antón de Albacete celebrará, el día 17 de enero, la fiesta de su patrón, San Antonio Abad, con una Eucaristía a las 11 h. Después, será la procesión por los alrededores de la Residencia y la bendición de los animales. Las Hermanitas de los Ancianos Desamparados nos invitan a celebrar, junto con los residentes, este día tan arraigado en las tradiciones de Albacete. Previamente, del 14 al 16, Triduo a San Antón a las 18 h.

LAS PARROQUIAS EXPRESAN SU REPULSA A LA VIOLENCIA EN LAS FAMILIAS

ES NOTICIA



Con motivo de la Semana de la Familia de la Misión Diocesana, el pasado 1 de enero, Jornada Mundial por la Paz, las parroquias de la Diócesis realizaban un gesto en solidaridad con todas las víctimas de la violencia familiar y contra las mujeres. Las comunidades, reunidas para celebrar la misa en el Día de Santa María, Madre de Dios, se concentraron a las puertas de los templos para manifestar su repulsa y solidaridad.



LA PALABRA

1ª: Is. 42,1-4.6-7
 Salmo: 28
 2ª: Hch. 10,34-38
 Evangelio: Lc. 3,15-16.21-22

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos: Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.



El compromiso que conlleva nuestro Bautismo

San Juan Bautista predicaba e impartía un Bautismo de conversión en las aguas del río Jordán. Este bautismo, motivado por su predicación, y al que acudía mucha gente, se había convertido en un aldabonazo, en una llamada a cambiar actitudes y comportamientos en su vida. Las gentes se preguntaban por la naturaleza y eficacia de este bautismo y sobre la identidad y el ministerio de Juan el Bautista. Eran conscientes de que algo tenía que cambiar en su vida para mejor y, por ello, se acercaban a ser bautizados.

Llama la atención que Jesús, el Hijo de Dios, que se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado, se acercara a la ribera del Jordán, como cualquier otro de los que se estaban convirtiendo, a pedirle a Juan, su primo y su precursor, que le bautizara. Tanto es así, que el mismo Bautista, que venía predicando insistentemente que detrás de él vendría “uno que es más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias” (Lc. 3, 15-16 y 21-22), se quedó desconcertado con la petición de Jesús. Jesús se colocó en la fila de aquellos que, presuntamente, se identificaban como pecadores arrepentidos.

En esta escena en el Jordán, podemos entender las palabras de San Pablo en la carta a los Corintios: “Dios hizo cargar con nuestro pecado al que no cometió el pecado” (2 Cor. 5, 21).

Es recordar que necesitamos la humildad y la docilidad que nos llevan a buscar la voluntad de Dios por encima de cualquier cosa

¡Jesucristo se humilla hasta pasar por pecador, hasta parecer culpable, pidiendo a Juan el bautismo de conversión!

Por eso, Juan Bautista, al ver venir a Jesús para ser bautizado exclamó: “He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1-29). Antes de Cristo los israelitas sacrificaban corderos, buscando la expiación de sus pecados. Cristo, al cargar con nuestros pecados, se hace el verdadero Cordero de Dios para salvarnos de nuestros pecados. Es lo que nos dice el Sacerdote al presentarnos a Cristo en la Hostia Consagrada antes de la Comunión: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...”

Y, al ser bautizado Cristo en el Jordán, como una respuesta a esta actitud de humillación de Jesús, —leemos en el Evangelio— “se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma

de paloma y se escuchó una voz venida desde Cielo: “Tú eres mi Hijo amado, el predilecto” (Lc. 3,15-16 y 21-22). El Padre reveló al mundo quién es ese bautizado: su Hijo, el Dios de Dios hecho Hombre.

Y en este bellissimo pasaje de la vida del Señor y de su Precursor, no sólo vemos la revelación de Jesucristo, como Hijo de Dios, sino también la revelación de la Santísima Trinidad en pleno: el Padre que habla, el Hijo hecho Hombre que sale del agua bautizado y el Espíritu Santo que, aleteando cual paloma, se posa sobre Jesús.

San Juan Bautista nos da el testimonio de lo que ve y escucha. Por una parte, puede ver el Espíritu de Dios descender sobre Jesús en forma como de paloma. Por otra parte, las palabras del Bautista describiendo el Espíritu Santo hacen recordar la mención del Espíritu de Dios en el Génesis, antes de la creación del mundo, cuando “el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas” (Gen. 1, 2). Tal vez ese “aletear” del Espíritu Santo hace que Juan compare ese “aletear” con el aletear de la paloma.

Pensar en el Bautismo de Jesucristo, Dios hecho hombre, nos debe llenar de gran humildad. Si todo un Dios se humilla hasta pedir el Bautismo de conversión, que Juan Bautista impartía a los pecadores convertidos, ¿qué nos corresponde a nosotros, que somos pecadores de verdad?

Recordar el Bautismo del Dios hecho hombre es recordar también nuestro propio Bautismo, nuestra incorporación a la Iglesia, la familia de los hijos de Dios. Y a la vez, el compromiso que lleva consigo de vivir y actuar cristianamente, nos hace caer en la cuenta de la necesidad que tenemos de conversión, de cambiar de vida, de cambiar de manera de ser, de pensar y de actuar como cristianos para asemejarnos cada vez más a Jesucristo. Es recordar la necesidad que tenemos de purificar nuestras almas en las aguas del arrepentimiento y de la confesión de nuestros pecados. Es recordar que, en todo momento y bajo cualquier circunstancia, necesitamos la humildad y la docilidad que nos llevan a buscar la voluntad de Dios por encima de cualquier otra cosa.

Que nuestra vida se convierta en una continua entrega a la voluntad de Dios, de manera que, así como los cielos se abrieron para Jesús al recibir el Bautismo de Juan, se abran también para nosotros en el momento de nuestro paso a la otra vida y podamos escuchar la voz del Padre reconociéndonos también como hijos suyos.

+ Ángel F

MONS. ÁNGEL FERNÁNDEZ

Obispo de Albacete



Acompañar y dejarnos acompañar

Fernando Domínguez es psicólogo del Trabajo, Organizaciones y Recursos Humanos. Ha estado en Albacete en varias ocasiones para dar charlas a voluntarios de Cáritas, sacerdotes y también en la Escuela de Acompañantes del secretariado de Juventud. Sobre el tema del acompañamiento le preguntamos...

HOJA DOMINICAL ¿Por qué necesitamos acompañamiento?

FERNANDO DOMÍNGUEZ. Es una pregunta interesante a la que quisiera contestar primero citando un poema del escritor inglés John Donne (1572-1631): «Ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo. Cada uno es un trozo de continente, una parte del todo. [...] Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti.»

Efectivamente, nadie es una isla... nos encontramos unidos a todos los demás. Nuestras comunidades cristianas no pueden estar formadas por individuos-isla autosuficientes, sino por personas unidas en asamblea (ecclesia) que forman un solo cuerpo y un solo Espíritu... (Ef. 4, 1-16). No es que necesitemos acompañamiento, sino que somos acompañamiento, los unos de los otros. La muerte de cualquiera me afecta, y esa muerte no es sólo física sino también psíquica, emocional, moral... Debemos acompañar a los demás en todas las dimensiones de la vida y dejarnos también acompañar por ellos. Lo único que cambia es la intensidad de ese acompañamiento en función de la situación que vive cada persona.

H.D. ¿Cuáles serían las claves del acompañamiento?

F.D. El acompañamiento toma intensidad cuando creamos una relación de ayuda con una persona; esta relación debe estar basada en el respeto y la dignidad a dicha persona y es, por lo tanto, algo diferente —con toda la buena fe que esté hecho— a juzgar de forma moralizante, a aconsejar de acuerdo a nuestros principios o a analizar a la persona para estimular sus actitudes. Para acompañar a alguien, de verdad, es requisito imprescindible, según decía el psicólogo humanista Carl Rogers, que la persona que acompaña sea una persona psicológicamente madura (podríamos decir mejor, espiritualmente madura). Cualquier proceso de acompañamiento tiene cuatro claves irrenunciables:

1. Autenticidad y coherencia. Ser uno mismo, sin ocultar a la persona a la

que se acompaña los sentimientos que surgen ante ella.

2. Aceptación incondicional. Se trata de aceptar al quien se acompaña siempre, y no sólo cuando se comporta según ciertas normas.
3. Comprensión empática. Se trata de percibir los sentimientos y significados que la persona a la que se acompaña está experimentando.
4. Cesión de la responsabilidad. Es necesario hacer comprender a la persona a la que se acompaña que el centro de la responsabilidad reside en ella misma.

H.D. En todo acompañamiento, existe un acompañante y un acompañado. ¿Cómo encontrar un buen acompañante?

F.D. El buen acompañante es aquel que sale al encuentro (se hace el encontradizo), como se narra en el libro de Los Hechos de los Apóstoles cuando se cuenta la conversación que iban teniendo dos discípulos, camino de Emaús, tras la muerte de Jesús (Lc. 24, 13-25). En todo caso, el buen acompañante no debe ser alguien impuesto, sino aceptado voluntariamente por la persona que se deja acompañar; alguien que hace también camino. Por eso, se dice que el buen acompañante no «tira» (habla desde algún lugar de llegada en el que él ya se encuentra) ni «empuja» (fija y sigue objetivos y tareas a quien acompaña) sino que simplemente está al lado, conversa, escucha, hace que se eleve el nivel de conciencia y que surja una respuesta responsable en el otro. Mi experiencia es que muchos acompañantes surgen, por petición de la persona que quiere ser acompañada, tras haber vivido algo (un curso, una charla, una convivencia, un café,...) con aquella que, verdaderamente, le ha removido. «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

H.D. Existe mucho miedo al acompañamiento.

F.D. El miedo existe porque es natural, como nos pasa cuando empezamos un viaje, sobre todo, si es la primera vez. En esta aventura hay cuatro fac-

tores que se disparan y que causan ese miedo: la novedad, la incertidumbre, la sensación de que de alguna manera pongo mi vida en manos de otra persona y, por último, la sensación de que pueda ser evaluado. Todo esto hace que, quien acompañe, sea una persona muy respetuosa y sepa crear un clima de confianza desde el primer momento del encuentro. Por este motivo, debe ser siempre fiel a las cuatro claves del proceso que expuse más arriba: autenticidad y coherencia, aceptación incondicional, comprensión empática y cesión de la responsabilidad. Y, no se olvide que la persona acompañada se sienta libre de seguir en el encuentro, o no, pudiendo abandonarlo en cualquier momento.

H.D. ¿Un acompañante espiritual puede ser un plus en este proceso?

F.D. Yo diría que lo que le hará buen acompañante no será la etiqueta, sino la actitud desde la cual acompaña, y se deja acompañar también, así como la sintonía que se crea. No olvidemos que el acompañamiento es mutuo, aunque con intensidades diferentes. Si se trata de una persona madura psicológicamente (decía más arriba, madura espiritualmente), será un mejor acompañante que si no lo es.

El acompañamiento debe ser aceptado (o solicitado de forma directa o indirecta) por quien se deja acompañar. Para ello, es necesario que, entre ambos, acompañante y acompañado, exista una relación de sintonía que hará posible una posterior confianza y empatía. La sintonía es un elemento muy importante en la relación y, es por eso que, en ocasiones las etiquetas a priori del acompañante pueden hacer que esta sintonía no surja como efecto de un mero prejuicio. Es necesario pensar en ello. Creo que un buen texto sobre esto lo encontramos en 1Cor 9, 19-23. Dice San Pablo: «... me hice todo para todos, para ganar por lo menos a algunos, a cualquier precio. Y todo esto, por amor a la Buena Noticia, a fin de poder participar de sus bienes».

